

REFERENCIAS

- BIEHL, P. F.; GRAMSCH, A.; MARCINIAK, A. (eds.) (2002): *Archaeologies of Europe. History, Methods and Theories*. Tübinger Archäologische Taschenbücher 3, Münster.
- FERNÁNDEZ-GÖTZ, M. (2009): Gustaf Kossinna: análisis crítico de una figura paradigmática de la arqueología europea. *Arqueoweb. Revista sobre Arqueología en Internet*, 11 (<http://www.ucm.es/info/arqueoweb>).
- GRAMSCH, A. (2010): Different languages. An interview on archaeology in Germany with Friedrich Lüth. *Archaeological Dialogues*, 17 (2): 199-214.
- HARDING, A. (2009): Towards a European archaeology. *World Archaeology*, 41 (4): 629-640.
- KLEIN, L. (1993): Is German Archaeology Atheoretical? *Norwegian Archaeological Review*, 26 (1): 49-54.
- KRISTIANSEN, K. (2008): Do we need the 'archaeology of Europe'? *Archaeological Dialogues*, 15 (1): 5-25.
- KRISTIANSEN, K. (2011): Theory does not die it changes direction. *The Death of Archaeological Theory?* (J. Bintliff y M. Pearce, eds.), Oxbow Books, Oxford: 72-79.
- NEUSTUPNÝ, E. (1997-98): Mainstreams and minorities in archaeology. *Archaeologia Polona*, 35/36: 13-24.
- PARZINGER, H. (2002): „Archäologien“ Europas und „europäische Archäologie“ – Rückblick und Ausblick. *Archaeologies of Europe. History, Methods and Theories* (P. F. Biehl, A. Gramsch y A. Marciniak, eds.), Tübinger Archäologische Taschenbücher 3, Münster: 35-52.

Jaime Almansa Sánchez (ed.) *El futuro de la arqueología en España. Charlas de café – 1. 45 profesionales hablan sobre el futuro de la arqueología*
JAS Arqueología, Madrid, 2011. ISBN 978-84-938146-8-7.

Este libro forma parte de una serie publicada recientemente por la editorial particular de su editor, un esfuerzo personal encomiable que merece un adecuado reconocimiento por los profesionales de la arqueología, incluido el mundo académico. Aunque no se especifica la forma de seleccionar a los encuestados, y este es uno de los defectos de la obra, en sus páginas se presenta la opinión personal de 45 arqueólogos procedentes de una amplia variedad de contextos, y su resultado me parece un buen exponente de nuestra situación actual y constituye una excelente manera de adentrarnos en sus problemas presentes y sus esperanzas futuras.

Lo primero que sorprende es la gran variedad de respuestas obtenidas. A una pregunta simple y una limitación estricta del espacio disponible, contestaron catedráticos y profesores universitarios, investigadores del CSIC, gestores administrativos del patrimonio arqueológico, técnicos de museos, jóvenes becarios pre y post-doctorales, y arqueólogos que han ejercido la profesión liberal en empresas privadas de arqueología durante los últimos años. Según se avanza en la lectura, con todo, la decisión del editor de ordenarlos por orden alfabético muestra sus inconvenientes, y surge inevitable la pregunta de si no hubiera sido mejor agruparlos por segmento pro-

fesional, permitiendo así apreciar más fácilmente las interesantes similitudes que se pueden observar. También es una sorpresa agradable que casi todos ellos, pero especialmente los del último grupo, el más numeroso, se manifiesten con una sinceridad de las que retóricamente suelen denominarse como “aplastante”. Incontestables también lo son en consecuencia estos textos, que se presentan tal como fueron recibidos sin haberles aplicado ningún tipo de arreglo ni suponemos que tampoco edición (lo que en algún caso hubiera venido bien). Para un arqueólogo del ámbito académico como el que esto escribe, su lectura abre los ojos a una realidad multifacética y problemática que demasiadas veces hemos dejado de lado.

Aunque algunos participantes se aventuran a conjeturar un futuro para la profesión, que era el tema central del libro, la mayor parte de la narración se dedica a describir su realidad presente, y es precisamente esto lo que hace más atractiva la obra, incluso en los (pocos) casos en que los autores y autoras se concentran excesivamente en su propia experiencia o proyectos personales. Esa realidad se podría resumir como el “paisaje después de la batalla” de la arqueología española, la constatación de que los años gloriosos de nuestra economía (esas

dos “décadas prodigiosas”) se han terminado de repente y es preciso encarar una realidad escalofriante, que el año transcurrido desde la escritura de estos comentarios no ha hecho más que empeorar. Aunque todos lo sabíamos, creo que muchos no éramos plenamente conscientes de hasta qué punto el auge de nuestra profesión (esa sensación casi de “pleno empleo” para los años que siguieron a la afortunada Ley de Patrimonio de 1985) se debía en su mayor parte al boom de la construcción (cuando la arqueología era “la pulga del perro inmobiliario”), y cómo la imposibilidad de mantener ese ritmo trepidante, y la obligación repentina de devolver el ingente dinero tomado prestado para ello, acabaría pasándonos también a nosotros factura.

Como era de esperar, mientras los arqueólogos funcionarios presentan tranquilos y sesudos comentarios con alguna incursión teórica interesante que luego comentaré, los arqueólogos “profesionales” (o contractuales, comerciales, de empresa o libre empresa, gestión, prevención, salvamento, urgencia, de arqueología pública o política, etc.: todas estas denominaciones son empleadas en el libro) se quejan más o menos amargamente de la actual carencia o mala calidad de los puestos de trabajo disponibles (algunos empleando para ello el humor, que es una forma más elegante de lamento). Su denuncia de la situación incluye en una mayoría de los casos a la arqueología académica, a la que acusan de no proporcionar formación suficiente para enfrentarse a los retos profesionales, llegando algunos a afirmar que en su primera excavación de urgencia tuvieron casi que “empezar desde cero”. En otros se advierte la frustración de no haber podido seguir la carrera investigadora que desearon en un principio, excesivamente larga y aquejada de las tantas veces denunciadas plagas del clientelismo y la endogamia. Su constante referencia por tantos participantes en el libro, incluidos varios académicos, muestra que el problema del “divorcio entre academia y empresa” es realmente grave, por estar orientada la primera primordialmente a la investigación y muy poco al ámbito del trabajo liberal. Aunque ya existen en España tres carreras completas (grados) dedicadas exclusivamente a la arqueología (algo que parecen desconocer, por cierto, algunos de los autores del libro), con asignaturas que tocan el tema profesional, es un hecho más que cierto que desde la tranquila universidad, donde impera lo “simbólico”, cuesta mucho adaptarse a ese descarnado mundo de lo “real” –y después de leer esta obra se aprecia mejor hasta qué punto el último adjetivo no es nada exagerado. Tampoco se pueden rechazar otras críticas, como que la universidad y la investigación se orientan sobre todo a los períodos más antiguos, en especial la Prehistoria, mientras en las intervencio-

nes públicas lo que prima es la arqueología medieval o moderna, temas que casi no se tocan en los programas docentes.

De todas formas, como profesor universitario me he consolado al comprobar que las críticas más duras no van contra nosotros y que hay alguien todavía peor parado: las administraciones autonómicas de patrimonio (salvo honrosas excepciones como tal vez Andalucía, con una legislación eficaz que con todo no puede evitar ser la comunidad con más expolios patrimoniales). Su mayor culpa ha sido no haber controlado eficazmente las intervenciones, despreocupándose por su calidad y la de los informes obligatorios que entregan las empresas y que al final se reducen a hojas de papel muerto con apenas valor histórico alguno, en opinión de algunos de los autores. Es lícito preguntarse si este resultado no era perfectamente esperable una vez puesta la actividad en manos de la “lógica del mercado”, con empresas que van siempre a la baja, empresarios arqueólogos que acaban explotando a sus antiguos compañeros de curso, etc. Una propuesta interesante sería cambiar la normativa para otorgar a los informes finales una mayor importancia, tanto en trabajo dedicado como en coste económico.

Otra idea recurrente a lo largo del libro es la pesadumbre por no haber aprovechado los años de expansión, cuando por ejemplo solo en 2006-2007 se realizaron cerca de 10.000 expedientes e intervenciones arqueológicas en todo el país, para concienciar a la sociedad española de la importancia de su patrimonio material. La arqueología cuenta hoy con una presencia social mucho mayor que hace unas décadas, pero todavía sufre el estigma de ser considerada una actividad ociosa y de lujo, poco más que un hobby de verano totalmente prescindible. Por eso mismo va a ser probablemente una de las que peor se pueda defender de los exagerados recortes económicos que en la actualidad están desmochando hasta la propia idea de un estado moderno y social en España. A toro pasado es muy fácil decirlo, pero salta a la vista la oportunidad perdida de haber incluido en todo proyecto arqueológico un apartado de divulgación social, que pudiera haberse añadido a la propia legislación autonómica sin demasiados problemas. Como dice una de las participantes en el libro: “no divulgar ni concienciar es lo que está matando a la arqueología poco a poco”.

Un signo positivo es que, también como reacción a la crisis, muchas empresas de arqueología están cambiando paulatinamente de registro, ofreciendo servicios de valoración, difusión, formación, etc., en definitiva transformándose en sistemas de “conocimiento intensivo” que identifiquen y rellenen huecos en la oferta cultural demandada por la sociedad, combinando registros variados además de la

arqueología (historia del arte, arquitectura, diseño, etc.). En un *tour de force* del argumento, uno de los participantes en el libro llega a afirmar casi humorísticamente que en el futuro serán las empresas las que realicen en exclusiva la formación de sus propios arqueólogos... Por otro lado, en varios comentarios se recuerdan los programas de televisión que están contribuyendo a popularizar la arqueología y la historia sin perder profundidad: *Time Team* en el Reino Unido y Norteamérica, *Sota Terra* en Cataluña, *La respuesta está en la Historia* en Andalucía, etc. Otro motivo de esperanza es la aparición de movimientos ciudadanos de defensa y promoción del patrimonio arqueológico de su ciudad o su comarca, perceptibles en diversos puntos de España aunque todavía lejos del auge de que gozan, por ejemplo, en países como Gran Bretaña.

Desde la universidad, el reproche más frecuente que hacen profesores e investigadores a la arqueología de gestión es su falta de ambición investigadora, su escasa producción de conocimiento. Varios comentarios repiten la idea de que “la arqueología o es investigación o no es nada” y alguien recuerda que en las convocatorias públicas de I+D las empresas nunca presentan proyectos para ser financiados, como si no tuvieran suficiente preocupación con sobrevivir económicamente... Y como si los arqueólogos de empresa no aspiraran a que su trabajo fuera realmente una investigación en toda regla, y a dejar de sentirse “meros técnicos liberadores de suelo insertados en el diabólico engranaje de la especulación urbanística y el boom inmobiliario”. Pero lo que quita el sueño a los arqueólogos “investigadores” es la inmensa cantidad de información recogida durante todos estos años, que duerme el sueño de los justos en atomizados archivos administrativos de donde resulta muy difícil extraerla para su análisis y aprovechamiento por la sociedad en su conjunto. No obstante, hay que reconocer que algunas regiones y períodos se han visto claramente favorecidas por la arqueología comercial, y el caso que tenemos aquí más próximo es la comunidad de Madrid, donde en los últimos años la colaboración de universidades y empresas ha abierto la puerta a datos preciosos hasta entonces desconocidos, como son los recintos de fosos calcolíticos o los asenta-

mientos rurales altomedievales. No cabe ninguna duda de que esa forma de integrar los equipos privados y públicos (quizás mejor que fomentar empresas desde la propia universidad, que han funcionado bien en determinados casos pero que se ven como una intrusión profesional desleal por el ámbito privado) es el verdadero camino, no solo para un mayor beneficio social de la información arqueológica obtenida sino para la anhelada superación del divorcio que todavía separa a arqueología y ciudadanía.

Una de las desventajas de escribir rápidamente y casi “a calzón quitado”, como lo fueron la mayoría de los textos aquí reunidos, es tal vez su escasa reflexión teórica; las palabras y frases surgen espontáneas, procedentes de los recuerdos y hasta de los sueños personales. No busquemos aquí referencias bibliográficas ni largas citas eruditas: estamos ante el diagnóstico rápido de una situación que cambia de manera vertiginosa. De las pocas excepciones que he apreciado en el libro tal vez la más acertada sea la del arqueólogo del CSIC F. Criado, que se plantea seriamente el futuro de la profesión, en los dos planos antes citados, y de quien recojo aquí la frase con que resume su comentario: “... el gran reto de la práctica arqueológica en el futuro inmediato (...) es definir qué relación existe entre, de un lado, los bienes patrimoniales y, de otro, los valores de la identidad, la memoria y el nacionalismo, las nociones de materialidad, propiedad cultural y propiedad intelectual, los procesos de musealización, conservación, turismo, desarrollo y cooperación, las experiencias de gobernanza, arqueología indigenista y empoderamiento comunitario, y las demandas de restitución y repatriación de los valores culturales vernáculos a las sociedades que se consideran sus legítimos detentadores”.

En suma, quienes se acerquen a este libro tendrán una fotografía, tal vez un poco rápida y desenfocada, pero crudamente realista y auténtica, de la arqueología española actual.

Víctor M. Fernández Martínez
Departamento de Prehistoria
Universidad Complutense de Madrid
victormf@ghis.ucm.es